



CARAS Y APETAS

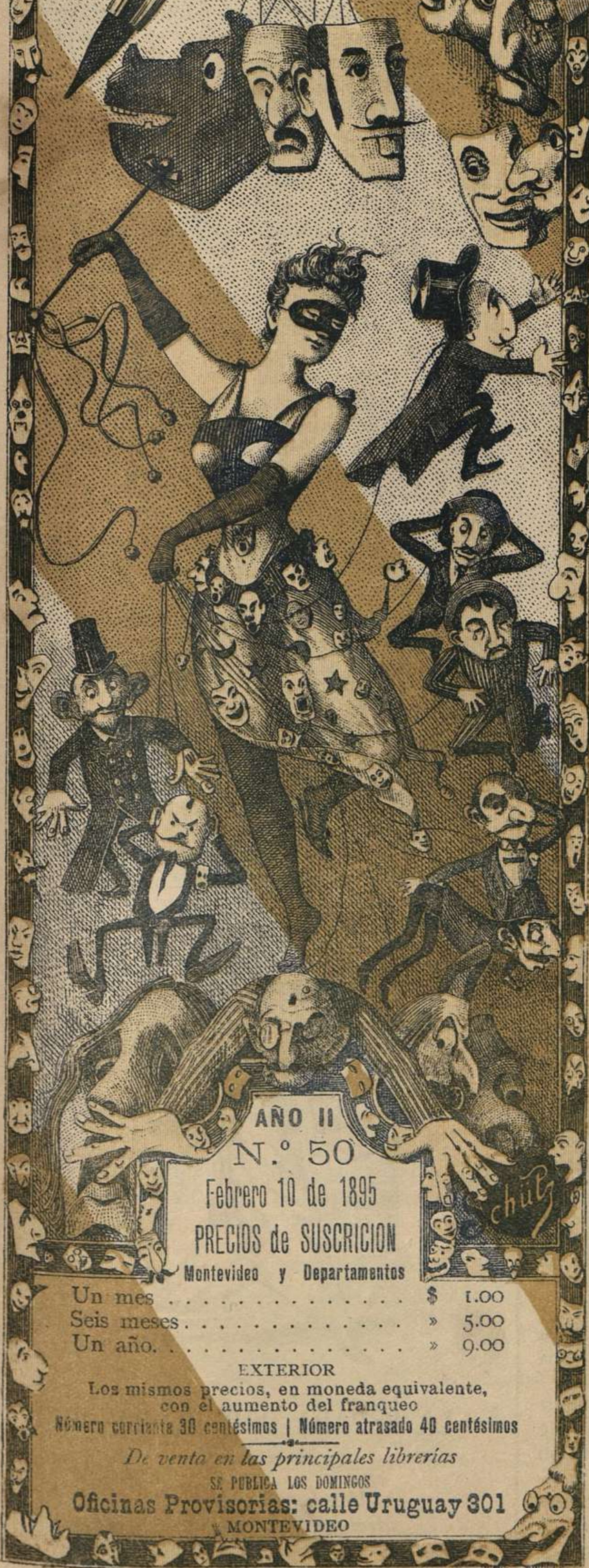
SEMANARIO FESTIVO
2.ª EPOCA

DIRECTOR ARTURO GIMENEZ

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

NUESTROS MÚSICOS

LEON RIBEIRO



AÑO II
N.º 50
Febrero 10 de 1895
PRECIOS de SUSCRICION
Montevideo y Departamentos

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	» 5.00
Un año	» 9.00

EXTERIOR

Los mismos precios, en moneda equivalente, con el aumento del franqueo
Número corriente 30 centésimos | Número atrasado 40 centésimos

De venta en las principales librerías

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Oficinas Provisorias: calle Uruguay 301
MONTEVIDEO

Ha compuesto *Liropeya* ópera que según dicen es notable, sea cualquiera el lado porque se mire. Sabe de música clásica la mar! lo que no es decible! Y tanto, que aunque Leon se llama, al verle se dicen los criollos «ahí va Ribeiro. Ese, en música, es un tigre!»

McCorrea

SUMARIO

TEXTO.—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez.—«La espada por el honor», por Nemo.—«Para Ellas».—«El Rayo deluz».—«Un percance de tocador», por Alina Doré.—«Lógica cruda», por El.—«Entre dos fuerzas» por Arturo A. Giménez.—«Epigrama», por Pepe Ortega.—«Miniatura», por Fabian.—«Discreción», por Stock.—«Historia vulgar», por L.—«Las carreras de hoy».—Menudencias, Correspondencia particular, Avisos.

GRABADOS.—Leon Ribeiro, por Manuel Correa.—Para Ellas (retrato de niña), por Aurelio A. Giménez.—Revenant de la Revue, por Wimplaine.—Nuestros prohombres de incógnito, por el mismo y varios intercalados en el texto por Aurelio Giménez.



Aquí tienen ustedes, lectores, un hombre apurado.

Yo.

A cualquiera se la doy.

Pónganse ustedes á escribir una crónica semanal, no contando con más elementos que la semana, porque eso sí, por lo menos ha existido, y se encontrarán ustedes, como yo, en la situación de aquel personaje á quien en un banquete deseaba un orador que «como Luis Felipe, con su paraguas debajo del brazo, llegase á recibir de sus conciudadanos el más alto honor, la rejenia de los destinos de su patria, etc.; etc.» á lo cual contestó el personaje:

—Gracias, señores; para que sean un hecho vuestros votos, cuento ya con un elemento.

—¿Cuál es?

—El paraguas.

Pues en igual situación me encuentro yo. Para escribir la crónica de la semana, cuento con un solo elemento: la semana misma.

¡Qué demonios! Nuestros gobernantes han dado en la idea de no hacer absolutamente nada!

Siquiera Alcibiades cortaba la cola á su perro para que el pueblo se ocupase de la cola, á falta de otra cosa.

Pero aquí, ni eso.

Verdad es también que no nos gobierna Alcibiades, sino Juan, y ese no corta la cola á nadie, quizá por aquello de que el que tiene cola de paja no se acerca al fuego.

Y si no, ahí está la cola que van echando las cuentas de la Jefatura y que nadie piensa en cortar.

Ayer (escribo en viérnes) me senté ante el escritorio, con todas las solemnidades del caso, coji la pluma y echeme á pensar.

Es decir; echeme á sudar; ó más bien dicho, yo no me eché á nada; el sudor era el que se echaba fuera de mi cuerpo tan espontánea y jenerosamente, que cualquiera me tomara por una catarata del Niágara con narices. (Yo tengo este apéndice algo pronunciado).

Y por más que yo, refiriéndome á mi empeño forzoso de escribir, decía á cada rato: «¡Estoy fresco! ¡Ahora sí que estoy fresco!», no estaba fresco.

Dicen que ese día marcó el termómetro 40 grados sobre cero.



Yo sudaba agua hirviendo.

La frente, la frente era un hermoso estuario, sino muy amplio, por lo menos caudaloso y profundo, que se me derramaba entre los ojos pasando bramador y rujiente por entre los espesos cañaverales de mis cejas. La verdad es que las cejas se me habían puesto ya como un cepillo de dientes muy usado.

Tenía una laguna Merim en cada oreja, con derechos libres á la navegación.

En los torrentes que se desbordaban á ambos costados de la nariz, se hubiera ahogado cualquier pez poco nadador.

Y luego, de la cabeza, inclinada sobre el papel caía una gotera, tic, tic, tic, persistente y continua que amenaza-

ba horadar la mesa.

En fin, señores; que yo no tenía ya cabeza sobre los hombros, sino una cuba mal calafateada.

Y es el caso que mi cuba digo, ni cabeza, no se decidía á soltar ni una fracesilla.

Hube de dejarlo para otro día.

Y ese día es hoy y heme aquí ante la mesa nuevamente, y, la verdad, la verdad... (aquí me rasco detras de la oreja) la verdad, si no fuese por el almuerzo polici-presidencial-potreri...

¡Demonio con nuestro Gobierno! Se divierte colectivamente que es un gusto, (para el Gobierno, se entiende).

Que eso hemos ganado con las Repúblicas; antes se decía *Le Roi s'amuse* y al fin y al cabo era uno; pero ahora habremos de decir *El Gobierno anda de farra bien* que esceptuando á *Monsieur* el de la guerra, porque, deveras, sería una crueldad no darle el gusto de decir de él *«Le Ministre s'amuse»*.

Y pruebas al canto.

S. E. el de Gobierno hizo ya su visita por la frontera con gran contento de sí mismo y evidente generosidad del presupuesto.

Pero *Monsieur le Ministre* no podía permitir que su colega se arrastrara todo el monton de admiración fronteriza y emprendió también su *voyage de plaisir* con gran contentamiento y alborozo de los espectadores y evidente generosidad del presupuesto.

Ahora, el de Fomento prepara sus petates para hacer también su paseito, con gran contento



de su archi-científica vanidad y evidente generosidad del presupuesto.

En cuanto á don Juan, ese come por los tres juntos y por sí mismo además, con gran trabajo de sus muelas y evidente potencia de sus órganos digestivos.

Eso sí, dijere como un perro.

Y no vaya á suponerse por esto que haya yo dado en la idea de comparar á S. E. con un terranova, lo que, por otra parte, siendo como es el perro un animal leal, manso y poseedor de otras virtudes colectivistas, no sería ni denigrante ni hiriente.

Digo que dijere como un perro, porque el perro es, al decir de quien lo sabe, uno de los animales que disponen de más pepsina, y por ende, que dijeren mejor.

Y á fé que falta le hace á nuestra Excelencia un estómago de perro, y de perro grande.

Porque, ¡miren ustedes que ha hecho uso de él desde que es excelencia y probablemente desde que es Juan!

Empezó por hacer honor y gasto á los churrascos de Don Tulio; continuó con Charpentier (allí por prudencia no lo acompañó Abella) y luego echóse á comer por donde encontraba comida, en Colon y en la Parva, y en todas partes hasta que su estómago en el potrero policial; ahora solo le falta almorzar en un pesebre para que la raza vacuna no tenga motivos de queja por las preferencias manifestadas por la raza caballar, policial y anexos.

Eso sí; la igualdad democrática y estomacal ante todo.

Y á fé que valor se necesitaba para almorzar en potreros en esos días ¡Caracoles! Con la mitad del calor reinante había para hacer reventar á un rinoceronte gastrálgico

Aunque, la verdad es que peores cosas estamos acostumbrados á soportar.

Como decían dos ayer:

—¿Sabes? Dicen que en Buenos Aires han soportado el juéves 43 grados de calor encima.

—¿Cuarenta y tres grados? ¡Bah! No es gran cosa.

—¿Eh?

—Aquí soportamos más.

—¿Cuanto?

—Cien mil *grados* militares que figuran en el presupuesto.

ARTURO A. GIMENEZ.



LA ESPADA POR EL HONOR

A *Monsieur le général Ministre* Díaz Juan José con una espada de honor le va á obsequiar no sé quien.

Y es el caso que la jente de averiguar se preocupa qué hecho glorioso ó heróico tan gran honor le procura. Y murmuran que *Monsieur* en su viaje á la frontera no hizo nada, nada, nada que digno de premio sea. Lo cual es falso ¡*Sacrebleu!* pues qué! ¿eso de no hacer nada, ni aún una barbaridad, es poca cosa, caramba? No obstante, la jente dale que dale en hallar motivo á la honrosa distinción de que es objeto el ministro, ha sacado en consecuencia que... pero escuchen ustedes lo que ayer decían dos hablando de este incidente

—Con que ¿*Con que le donnent l'épee á Monsieur?*

—*On dit que oui*

—¿Y por qué será?

—Porque

no la ha ganado.

—¿Eh—sí?

—No entiendo.

—Pues es muy facil.

—¿Fue Monsieur á la Frontera?

—Sí ¿Trajo gloria?

—Eso no!

Ni cosa que se parezca.

—Pues por eso es que le da

l'épee de honor el gobierno

Si de allí no trajo honores,

por no dejarlo sin ellos

que fuera empequeñecer

una expedición tan magna,

á falta de otros, le dan

aquí honores, con la espada.

Después de esto, preguntar solo resta y lo hago yo:

—Honor podría dar la espada más... ¿quién da á la espada honor?

NEMO.

PARA ELLAS

EL RAYO DE LUZ

La tarde sonreía tras los altos eucaliptus del parque Giot.

El arroyo, tendido todo su espejo de verde por la sombra de los sauces que la brisa rizaba, arrullaba en secreto á la hora triste, con su eterno verso melancólico.

Al pasar frente al desembarcadero rústico vimos una pareja que, separada un poquito del grupo que la acompañara, conversaba tranquila mirando al crepúsculo.

En la penumbra rosácea, bajo la sombra que la distracción conservaba abierta, vi al pasar una cara dulce, de esas caras blancas y suaves que el Dios amoroso hace para las que han de ser siempre niñas.

Los ojos tranquilos, la boca bondadosa, el pelo oscuro... y ya no vi más.

Un sauce envidioso ocultó de pronto á Angelita Alvarez, que allá, junto al cristal rizado, conversaba tranquila mirando al crepúsculo.

PERCANCE DE TOCADOR

—Maria, dame el peine, pero pronto!... ¡Caramba! Hace ya dos horas que estás con él...

—Paciencia y barajar: para eso es mio.

—¿Tuyo? ¿Desde cuándo?... ¡La tonta!

—Buena; si la señorita Julia quiere mi peine, tenga la bondad de esperar á que yo concluya.

Y Maria, sonriente, se alisaba el cabello lentamente, con lánguida coquetería, mientras su hermana, ya furiosa, daba vueltas de un lado á otro de la habitación.

—Este peinado me parece feo... Lo mejor es que me deshaga el pelo y me peine de nuevo. ¿Qué te parece, Julia?

Y se volvió sonriendo.

—¡Dios te libre! (exclamó la otra ya fuera de sí)

No te espero ni un momento más, y me voy sin tí...

Y ahí viene mamá...

—Vamos, mamá, vamos, (añadió echando el abrigo en las espaldas de la buena señora) *Esa* parece que no tiene ganas de ir al baile. ¡Vamos!

Y nerviosa, colérica, agitada, empujaba á su madre hacia afuera; pero como ésta se hiciera algo fuerte, cerró el pico de luz y la sacó de allí casi á la fuerza, dejando á Maria en las tinieblas. La buena señora hablaba, discutía, quería averiguar antes una cosa.

—Si, hija mia; es necesario que se encuentre esa llave de la cocina, de noche queda abierta, y los gatos entran y hacen de las suyas. Y esta noche he dejado allí un pastel... Déjame ir un momento á ver si encuentro esa dichosa llave...

—No, mamá, no; es muy tarde, no tenemos tiempo.

—Pero, hija, es preciso buscarla.

—Otro día; ahora no, no.

Y la llevó hasta la escalera, sin atender á sus palabras sin dejar que se detuviese ni un instante.

Cuando salian Maria las alcanzó radiante. ¿No habia acabado muy prontito?... Subieron todas en el carruaje, permaneciendo en silencio hasta llegar al baile.

Arrebujadas en ricas pieles, descendieron las niñas y la señora; Maria delante, luego Julia y detrás la señora. Cuando entraron en el salón, se preludiaba un vals.

Julia y su madre no querian entrar: Maria insistió, y como no le hicieran caso, entró resueltamente.

¡Oh qué noche, qué noche de triunfos iba á ser aquella para Maria! Con su vestido verde luz, recién estrenado, sus lindísimos solitarios de brillantes, su artística depantalla de tul pintada á la acuarela, con todas aquellas preciosidades de toilette y joyeria, iba á alzar en torno de ella todo ese murmullo de admiración que hace que en pocos instantes se proclame reina de la fiesta á la joven más sencilla y encantadora.

Y, en efecto; á los pocos momentos de entrar Maria en el salón, empezó á notarse un murmullo creciente, una atención insistente y casi provocativa que distraía á todos, aún á los más indiferentes, aún á los más desilusionados. Pero como este murmullo fuese subiendo de tono, como fuese acompañado de risas contenidas y mútuos toques de codo, Maria perdió la serenidad y comenzó á dudar. ¿Qué era aquello? ¿Por qué se la miraba tanto y de aquella manera tan particular, burlona y compasiva? Encontró á un amigo y se lo preguntó; y cuando ésta, después de hacerse rogar mucho, húbole dicho la causa de aquella atención, Maria creyó perder la razón, creyó que su rostro estallaba de vergüenza.

Lévoase la mano á la cara y salió desolada. ¡Dios mio! ¡Qué horror! ¡Equivocar el lapiz del carmin con el lapiz negro! ¡Y teñirse con aquello todas las mejillas!

Y andando el carruaje ya, llevando á la joven desesperada, su hermana Julia, que sin duda le guardaba rencor aún por aquello del peine, empezó á decir:

—¡Mira, mamá, lo que son las cosas! Tú buscabas con tanto empeño la llave de la cocina, y sin embargo, la tenias tan cerca...

ALINA DORÉ



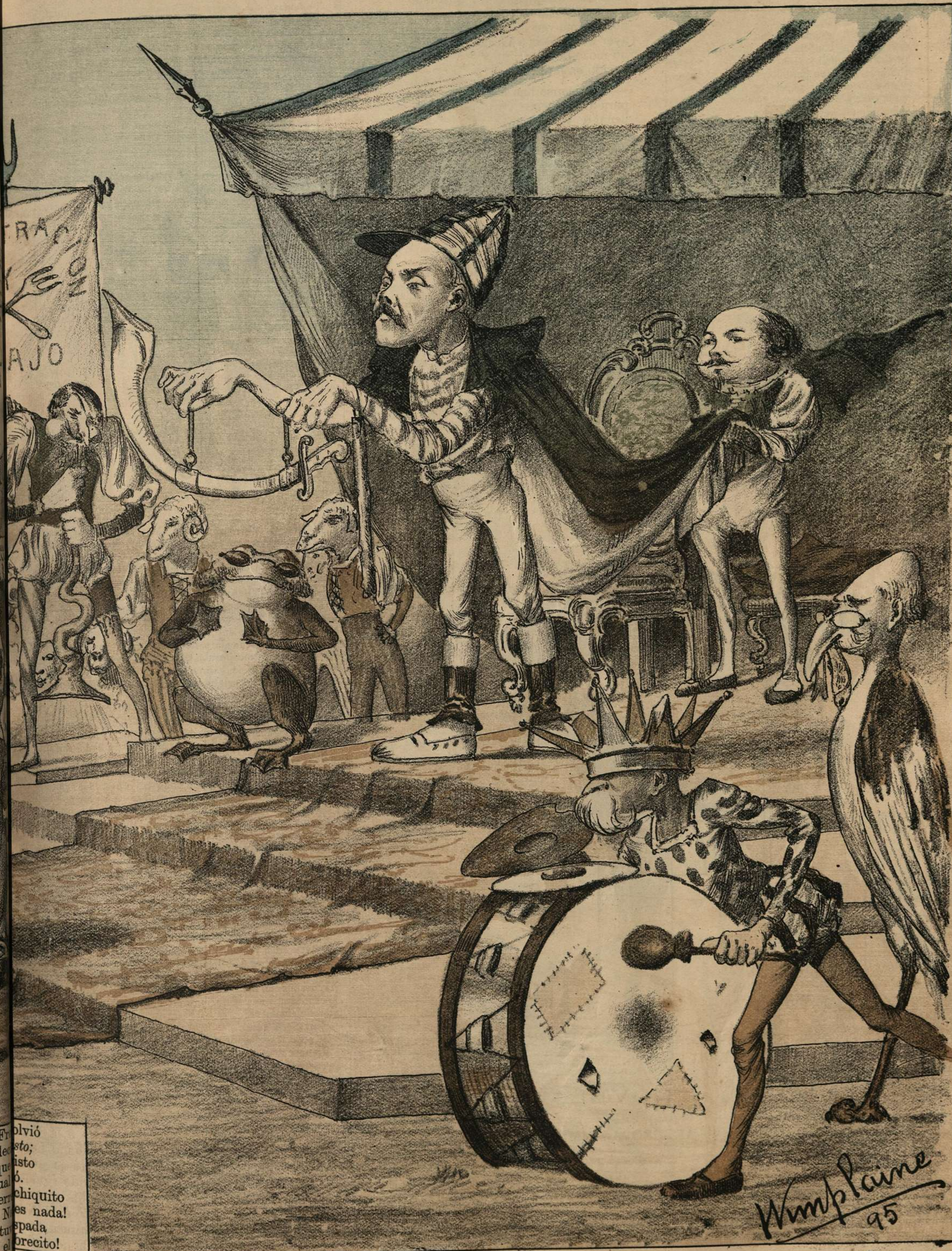
REVENANT DE LA REVUE



Caras y Caretas

Fué á la F...
sabiendo de...
contó lo qu...
y todo igual...
¡Noble guerra...
junto á él N...
¡Si nunca tu...
de honor, e...

olvió
sto;
isto
o.
chiquito
es nada!
spada
precito!



LÓJICA CRUDA

A un buen paisano de Minas el premio grande tocó, y en la ciudad se plantó lleno el cinto de esterlinas Siempre en la estancia metido más goces no conocía, pero en la ciudad quería cobrarse el tiempo perdido; y ansioso de hacer papel en la calle y los hoteles buscando un gaban de pieles dió con el sastre Reniel, donde, tras mucho palpar los claros, finos y gruesos, ajustó en ochenta pesos el que le hicieron probar.

—Lo mandaré, con la cuenta, dijo el sastre muy cumplido y el respondió:—Convenido, Cerro, número cuarenta.

—¿Por quién preguntaré allí?

—Por mi; por Benito el galgo

—Gracias.—No hay de que; si de algo sirvo, disponga de mí.

Solo una cosa le advierto; cuando el sobretodo lleven, preciso que me lo prueben de cara.—¿De cara?—Cierto; ¡si no sabré yo cual es!

Pero, distraído sin duda, ese mozo que le ayuda me lo ha probao al revés.

—¿Cómo al revés; señor mío si del derecho están todos?

—Es que quiero sobretodos para la lluvia y el frío. Y si todos son iguales comprendo por las señales que aquí son brutos, de vera. En Minas los animales llevan el pelo por fuera!

EPIGRAMA

Juan La Cruz comerciante quebrado que lo han concursado por décima vez ayer tarde decía á Vicente un mozo decente nacido en Jerez.

—«A concurso han llamado hace días para aulas vacías llenar de verdad, y de fijo una voy á ganarme; á mi ha de aprobarme la Universidad

Mas me apura del acto ese el curso; todo es por concurso y á él he de acudir... A lo cual contestóle Vicente —¡Pero hombre inocente tú no tienes que ir. ¿Más concursos?—¡Por todos los santos teniendo ya tantos de el te han de eximir.

PEPE ORTIGA.

MINIATURA

—¡Cármén! ¡Un pelo en la sopal! dijo ayer Zenon furioso, y contestó la sirvienta con inocente sonrojo —Ay señor, pues yó creía haberlos quitado todos!

FABIAN.

era imposible que estuviese enamorada Delia de él; y por qué había de estarlo?

Entónces sobrecojiale un extraño desaliento y se ponia muy triste.

¡Ademas, ¿no estaría ella enamorada de otro hombre?

En verdad que no parecian disgustarla algunas bromitas que le daban con cierto jóven que vivia cerca de su casa. Como que se limitaba á reir maliciosamente.

Al pensar en esto sentia mucho calor en la cara como si subiera a ella una oleada de sangre ardorosa, y le asaltaban celos rabiosos.

¿Quién sería el preferido? Algun empleadillo... ¡Enamorarse de eso!... Al fin, mujer...

Luego llegaba a reconocer que eran ridículos tales celos desde que ningun derecho sobre Delia los autorizaba y de reflexion en reflexion, in-sensiblemente, volvía á renacer en su mente la esperanza.

—Dicen que las mujeres se fijan tan solo en la cara, decía. Pues bien; yo creo no ser de los más feos...



¡Vaya si era esto cierto! Mario era muy agradable. La expresion de su rostro inteligente y noble; su mirada espresiva: esa palidez azulada que caracteriza a los predispuestos a las enfermedades del corazon le hacian muy interesante, y sus largos y negros cabellos coronando aquella frente pálida, le sentaban muy bien.

Mas apesar de esto y lo que antes dijera, al considerar sus cualidades para aspirar al amor de Delia, se encontraba terriblemente antipático o cuando menos ridiculo.

En un estado semejante, fluctuando entre la esperanza y el desaliento, se encontraba aquel día, mientras paseaba de un lado a otro de la habitacion.

¡En verdad que estaba seriamente desazonado. Eran las cinco y Delia no aparecia.

La inquietud, esa inquietud terrible del que espera, le atormentaba de una manera cruel. ¿Qué iba a hacer él si Delia no llegaba? ¡Vaya un día de fastidio!

¡En el afan de adivinar su llegada, salia a cada instante al balcon, que daba sobre la calle 25 de Mayo. Desde allí se dominaba toda, bañada por el sol reverberando en las aceras; a lo léjos se distinguian las torrecillas góticas del edificio que más tarde debia ocupar a Municipalidad, y mas allá se perdian los arcos de gas, formando sobre la calle una especie de bóveda negruzca. Muy poca jente transitaba por las aceras, y como era día domingo estaban las casas de negocio cerradas, lo que le comunicaba un aspecto triste; en todo el espacio que abarcaba la vista no se distinguia ninguna figura que pudiera suponerse la de Delia.

—Decididamente, no viene hoy, murmuraba; y cerrando con fuerza el balcon, volvía a pasearse por la pieza notando que a su inquietud iba sucediendo un fastidio abrumador.

Y al rato vuelta a asomarse y vuelta á pasearse.

Entretanto, apenas habia transcurrido un cuarto de hora y el jóven creia ya haber envejecido.

De pronto resonó el llamador y Mario quedó inmóvil, como si le hubieran arrojado de repente un balde de agua fria; despues un lijero rubor coloreó sus pálidas mejillas experimentaba una sensacion dulcísima aunque su corazon latia violentamente.

Pero ¿Sería ella?

Se puso á escuchar conteniendo la respiracion.

Franqueaban la puerta de la sala al mismo tiempo que otra puerta se abria al extremo opuesto; era la de la habitacion de su madre, que salia a recibir al visitante.

Una voz fresca y sonora hizo estremecer á Mario, aunque llegaba allí algo apagada.

—¿Cómo está, Isabel? Ya ve que cumplo mi palabra.

—¡Delia! Al fin...

Luego se oyó el estallido de varios besos y sin duda, despues de aquellas primeras expansiones, continuó la conversacion en voz baja, pues solo llegaba a los oidos de Mario un sordo murmullo.

El jóven empezó a respirar con fuerza para serenarse.

—Ahí está, niño Mario, decía gozosa Marcela, entrando de pronto.

—¿Quién? dijo él procurando tomar un aire indiferente, por mas que su mirada brillaba radiante de alegría.

—¡La niña Delia!



NOVELA

POR

ARTURO A. GIMENEZ

I

(Continuación)

¿Cómo es que iba todos los domingos, no habiendo niñas en la casa, no teniendo el atractivo de las pequeñas murmuraciones que entre ellas se suscitan y constituyen talvez el lazo más fuerte de su amistad?

Desde que preferia pasarse todo el día conversando con él...

Pero nó; estas reflexiones eran tan solo hijas del deseo;

LAS CARRERAS DE HOY

NUESTROS PRONÓSTICOS

He aquí nuestros pronósticos para la reunión de mañana. Los comentarios han tenido que suprimirse por falta absoluta de espacio:

Premio *Entraineur*.—Gama.—Florida.
Premio *Gouverneur*.—Trincherá.—Combate.
Premio *Tabare*.—Colibrí.—Explosión.
Premio *Sain Foin*.—Ravachol.—Lisson.

Stiletto.

HISTORIA VULGAR

Fernando, después de dejar la pluma en el tintero, se restregó las manos con fruición y sonrió.

¡Al fin! Al fin ya estaba hecho el soneto. ¡Y cuántos trabajos le había costado; cuántas meditaciones! Aquella encantadora Delia, tan sencilla y tan buena, ¡en qué compromiso le había puesto! ¡El, que no entendía más que de Códigos, metido á poeta! Era el colmo—Sin embargo—y esto sin modestia—había salido airoso de su tarea.

¡Por que cuidado que había sido una verdadera tarea, laboriosa y peliaguda! ¡Aquellos terribles consonantes que no querían venir a sus mientes; aquellas frases tan difíciles de concluir, que á lo mejor se empanataban y no había manera de seguir adelante; aquella pesadez en el decir, insustancial, tonta, empalagosa, que parecía estar en pugna con la belleza armoniosa y espontánea! ¡Ah! ¡El fuego sagrado! ¡No ser poeta! ¡Qué desgracia!

Pero es indudable que existe también un dios protector de los rimadores á palos. ¿Qué sería sino de un hombre á quien su prometida le exigiese un rayo de su astro poético y no pudiera complacerla dignamente? No valen disculpas, no vale nada. El enamorado, para la mujer, tiene que ser poeta á la fuerza; y así los hay—¡Dios los perdone!—que, por una sonrisa de dos pupilas queridas, se estropean el cerebro de mala manera y avergüenzan su conciencia para toda la vida.

Fernando, aunque por su clara inteligencia y su buen sentido natural no pertenecía á esa triste orden de rimadores de pega, había, sin embargo, caído en la debilidad de cojer la pluma y trazar unos cuantos versos dulzones é insignificantes, arrastrado por su gran amor por Delia, vencido por la acariciadora insistencia de aquella deliciosa muchacha que había deseado tantísimos años y que ahora, rendida y enamorada, encarnaba el ideal más perfecto de la mujer seráfica, tierna y apasionada, de la mujer adorable cuyos sentimientos parecen haber nacido en el cielo, para vivir y morir también en él...

Al menos así lo decía Fernando en su soneto, preparando gradualmente en los versos anteriores esta asombrosa transformación de la mujer en ángel, del pobre ser tan aporreado que muerde, devora, araña, grita y ruje, en el divino querube que arrastra tras sí un cielo, que encarna todo lo que hay de bueno, de dulce, de suave, de vaporoso, de incorpóreo, aromado, perfumado, almizclado, almibarado.

Todo lo dijo Fernando, todo; tanto que la colilla del cigarro que tenía entre los labios y que sudaba nicotina, parecía dulce como el azúcar, rico, delicioso, un verdadero panal.

De pronto, llamaron á la puerta, interrumpiéndole en su éxtasis embriagador. ¿Quién era? Un criado entró discretamente é indicó que un señor deseaba hablarle.

—¿Quién es? preguntó el joven abogado poniéndose en pie.

—No lo he visto nunca, doctor; dice que se llama el señor Martínez.—¿Como!

¡Como! su futuro suegro! ¡El padre de Delia!...

—Hazle pasar, hazle pasar en seguida.

Y Fernando, satisfecho, sonriente, se dirigió hácia la puerta para adelantar el recibimiento.

Pero ¡oh dolor! Aquel señor Martínez no era el señor Martínez que creía encontrar. Era otro ¡Y qué facha! S ludó amablemente, y después de tomar asiento con infinitas precauciones, explicó el motivo de su visita.

Había llegado hasta él la fama de su nombre de abogado—Fernando se inclinó, como di en las novelas aristocráticas—y quería consultarle... El estaba casado desde hacía muchos años; pero no era feliz; quería divorciarse.

Fernando dió un salto en su asiento ¡Divorciarse! ¡Qué ideal! Si el matrimonio era el vínculo más perfecto y más agradable que se podía imaginar...

—Sí, muy bueno. ¡No diría usted eso si se encontrase con una mujer que le rompiese un diente por haberle besado, por equivocación la nariz en vez de la boca (interrumpió el cliente con viveza). Yo sé lo que digo, señor doctor. Y eso que soy pedicuro, callista.

Fernando sonrió amargamente. ¡Qué hombre tan material! Venía expresamente á destruir su ideal. ¡Divorciarse! ¡Callista! ¡Qué palabras tan feas y tan griseras!

Se repuso y contestó:

—Pero, diga usted señor Martínez, ¿la única causa que tiene usted para entablar acción de divorcio es esa equivocación de haber besado la nariz en vez de la boca y la ruptura del diente?... Usted ve que eso es ridículo.

—No, señor doctor, no; tengo otros motivos; injurias, golpes...

—Sevicias, esto es (interrumpió el doctor, gravemente).

—...Provocaciones, é insultos soeces... todo lo malo que puede hacer una mujer cuando nace malvada...

—En ese caso hoy motivo para el divorcio. ¿Cuándo quiere usted que presente el escrito?

—Cuanto antes; mañana si es posible.

—Bien; cuanto antes, quedamos de acuerdo.

Luego el señor Martínez, ya desahogado, empezó á hablar de su vida, de lo que había sido de su vida cuando ésta era vida. Y mientras hablaba, enternecido y ferviente, se adivinaba que aquel infeliz adoraba aún á su mujer, á pesar de los insultos, de los golpes, del diente roto... *Había sido un ángel, hermosa, buena, compasiva y dulce.* ¡Oh! Cuando le acariciaba parecía que todo su ser se remontaba á un mundo ideal, desconocido.

Y Fernando, enternecido, echó la mano instintivamente hacia el soneto dedicado á su amada Delia y lo acarició, cual si fuese ella misma y retribuyese sus caricias, aquellas caricias tan tiernas y tan suyas.

De pronto se levantó el señor Martínez.

—Bueno, amigo doctor, quedamos de acuerdo; mañana volveré. Ahora voy á casa del señor don Pedro Martínez...

El joven le miró asombrado. ¿Qué iría á hacer á casa de su suegro?

—Pero ¿y usted es amigo de ese señor? preguntó con extrañeza Fernando.

—¿Y por qué no? Muy amigos. ¿Qué le extraña á usted eso?... Y ahora voy allí, porque su señorita hija Delia padece horriblemente, pero horriblemente de los callos.

Fernando, sintió en el alma un desahiento grande como si le hubieran pisado á un tiempo catorce callos.

—¡Ah!
—Vaya, vaya a la sala; así dejará de penar.
¡Ja, ja! Véanlo también. Ya enamorado, y lo he visto nacer.

Mario no la escuchaba ya; se dirijia a la sala procurando adoptar un aire de cortes indiferencia. Allí estaba, en efecto, Delia.

—¿Cómo está Delia?

—Bien ¿y usted? ¿cómo es que no ha salido hoy?

Decía esto fijando en él aquella mirada serena y penetrante que tan singular confusión causaba en su ánimo.

—Ni lo sé yo mismo... Preferí quedarme en casa a andar vagando por las calles y me felicito de ello puesto que me proporciona el placer de verla. Pero ¿cuánto tardó usted hoy! Pensé que ya no venia...

—Y cómo sabía usted que iba yo á venir?

—Por... Es decir; me lo figuraba... Como está el día tan lindo y aparente para ir á la playa... supuse...

Decididamente, aquella mujer lo enloquecía. A cada instante se delataba neciamente.

—¡Ah! Es cierto, dijo á la sazón su madre. Se nos hace tarde; voy a ponerme el sombrero en un minuto, y saldremos.

Helos ya en el trenvia.

Va completamente lleno; y como de todo sitio en que se han reunido muchas mujeres jóvenes, sale de él un murmullo de alegría, producto de mil amenas conversaciones seguidas en voz baja.

Todas aquellas caras risueñas, aquellos vestidos claros ciñendo cuerpos delicados y airosos, le dan un aspecto encantador.

—Parece un jardín, dice un entusiasta que desde la acera le mira alejarse.

En el estribo, junto al asiento que ocupa Delia y su madre, va Mario, completamente feliz en aquel momento, orgulloso de ocupar aquel sitio y poder hablar á cada instante con ella; le parece que todos los hombres que van allí envidian su fortuna; ¿qué le importan á él los detalles de ese contingente de juventud y belleza que en su seno lleva el coche? Sus ojos solo se dirijen á ella, desafiando sin reparo las demas. El aire que levanta el trenvia al correr ajita los ricillos que circundan flotantes la frente de Delia; movidos por el suave soplo, juguetean, se mezclan, se separan como huyendo unos de los otros, se oprimen contra el blanco cútis cual si buscasen refugio, semejantes a esos amorcillos jugueteos que los pintores del siglo XVIII colocaban sosteniendo el medallón en que, bajo una nube de cabellos empolvados, aparece el fino rostro de alguna graciosa marquesita.

Entre tanto Mario se siente completamente feliz; se encuentra en uno de esos momentos en que la perfecta tranquilidad del espíritu produce una sensación de dulce bienestar, de gozo sencillo, denotando el equilibrio en que se hallan todas las facultades; momentos en que los hechos y detalles más insignificantes llegan á producir placer, presentándose revestidos de cierto encanto, sin que pueda el entendimiento encontrar lo que tal atractivo les comunica.



(Continuará.)

DISCRECIÓN

Niña que con su mamá
noche y día se la ve
y con amigos está...
suele ser... lo que yo sé.

Político y fantasmón
que quiere un Gobierno hundir
echándola de Catón,
es... no lo quiero decir.

Cura que dice la misa
más pronto que canta un gallo,
y actor que habla muy de prisa
son dos cosas que me callo.

Editor que á su poeta,
á quien le titula amigo,
lo tiene á media dieta,
es no más... lo que no digo.

Mujer que se pinta, y loca
á su esposo hace pensar,
es... pero cierro mi boca
porque... no me gusta hablar.

MENDIGUICIAS



«El Anticuario nos ha obsequiado con un ejemplar de la obra de Smiles «El poder de la voluntad», de cuya lectura, al decir de un crítico, se deduce que (cómo vuelve la ciencia á las cosas viejas!) que *querer es poder.*

Pero yo que sé lo que son estas cosas, desafío á Smiles y su libro á que me prueben que es posible que, queriendo quedarse dormido, pueda hacerlo un sujeto que tenga un vecino que toque de noche el acordeón.

Y luego digan ustedes que la ciencia no está atrasada

Paca Pica es una chica
que hizo Roque Roca rica,
y aunque á mares tiene amores,
para su tia Dolores
peca poco Paca Pica.

¡Lectores, por Dios! ¿No habrá alguno de ustedes que le pegue un tiro á mis cajistas?
¡Es no tener entrañas! (Ellos) ¡Ni sentido común! (ellos) ni valor (nosotros).

En el número anterior se presentó a ustedes bárbaramente mutilado por ellos, (que si no son bárbaros la verdad es que mutilan barbaramente) el chascarrillo que llevaba por título el de "Títulos nobiliarios".

Lo transcribo reconstruido para tranquilidad de mi conciencia y demás efectos.

Así debía decir:

—«¿Sabe amigo? ¡Lo que son estas naciones! Dicen que el capataz nuevo de la estancia de los ingleses es conde!

—¡Caracho! Pero más es el gallego del almacén de Don Frutos, que asegura que es *marques*.

—¡Pucha! Y el cocinero de lo de Don Juan?

¡Ese sí que es más! ¡Es *dina-marques*!»

El Doctor Don Julio Herrera y Obes ha salido á la palestra en defensa de los negocios de acuñación de moneda realizados bajo su gobierno.

—¡Claro! decían unos ayer. Se trata de algo que le tocó directamente...

—¿Cuánto?

Dice *La Tribuna Popular* refiriéndose á un supuesto caso de cólera ocurrido en campaña.

"...En fin; que de la autopsia ha resultado que se trata de un caso de cólico cerrado y nada más."

Si fué lo que ahora se sabe, bien pudo haberse curado; siendo un cólico *cerrado* con tragarse alguna llave...

Correspondencia Particular

P. Vera.—Melo.—

Puedo asegurarle Vera que es usted hombre de suerte, pues si á mano le tuviera, le pegara, fuerte, fuerte, con algo que le doliera. Que, por fundadas razones si como usted fueran todos los de ahí, con muy buenos modos les llamaba yo melones.

Firulete.—Montevideo.—Hay algo, algo, pero todavía está flojito. Escriba otro más cuidado y no se confie solo en el efecto del final. Ha de haber gracia y sustancia en todo.

Simon el bobito.—Idem.

No hombre, no; ¡qué ha de ser usted bobito! Firmarse así ya pasa de bromazo si está diciendo á gritos su versito que usted es Simon, pero un Simon bobazo!

Pepe Ortega.—Idem.—

Qué quiere usted que le diga? Qué está muy bien, y que siga.

Cacaseno.—Pando.—Pero ¿qué le importa á la jente que usted sude como un animal? Lo que le interesa muy directamente es que usted escriba artículos como un podenco.

M. H.—Montevideo.—¡No está mal, no está mal si se exceptúa aquello de que Reinaldo era, para producir versos, como una vaca lechera. Si se escribiera usted otro!...

J. Ria.—Idem.—

Ay! Si usted se cayera de algun balcon bien alto y se rompiera, algo esencial, le juro J. Ria que no lo sentiría.

NUESTROS PROHOMBRES DE INCÓGNITO



Vivió del presupuesto luengos años gastó en el extranjero muchos pesos solía con la musa hacer escesos, y gracias á sus hábiles amaños vivió sin trabajar hasta el presente. Al fin le retiraron la pitanza sus antiguos amigos de confianza, por lo cual, fieramente, sentir les hizo en su furor creciente de su terrible (!) pluma la pujanza! Lástima grande que á este caballero tan mal le siente el ser Caton severo!

OJO

Hacemos presente á los que aún no hayan enviado sus colecciones para encuadernar, y muy especialmente á los señores suscritores de campaña, que aquellos que lo deseen, deben enviarlas cuanto antes, pues estando por acabarse las cubiertas especiales que mandamos hacer, en tela, y con el título dorado á fuego al frente, nos urge saber las que faltan para mandar hacer la cantidad necesaria.

Para los que no hayan leído el aviso anteriormente publicado, repetimos que el precio de la encuadernación, apesar del lujo de ésta, es de

Pesos 1.50 el tomo.



LITOGRAFIA
Y
TIPOGRAFIA

Tarjetas, rótulos accio-
nes, circulares, letras de
cambio, cheques, conform-
mes, memorandums, plan-
nos, diplomas, músicas,
etc., etc.

Calle Treinta y Tres, núms. 87 y 93.

FOTOGRAFIA DE INGLESA FITZPATRICK

Hace esta fotografia
Retratos tan excelentes
Que á ella acuden á porfia
Las más distinguidas gentes.



EL TORO LOS MEJORES

EDIFICIO EN
CONSTRUCCION

CIGARRILLOS

Habanoz

XXX

CASA FUNDADA EN

1874

URUGUAY. 288 á
292.

F. CALLIGARIS ESTUDIO FOTOGRAFICO

BICUI 228

Fotografia de moda
por la high life preferida
donde se retrata toda
la gente más distinguida.



AL POLO BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bamba» un café
de clase tan superior
que beber no logra usted
en el mundo otro mejor.

